



Diario de la alarma **Lorenzo Silva**



DESTINO

Diario
de la
alarma

Lorenzo
Silva

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1513

© Lorenzo Silva, 2020
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A. (2020)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

- © de las traducciones de Tucídides, Juan José Torres Esbarranch; Procopio, Francisco Antonio García Romero; y las Helénicas de Jenofonte, Orlando Guntiñas Tuñón. Cedidos por Editorial Gredos.
- © de la traducción de la Anábasis de Jenofonte, Óscar Martínez García, cedidos por Alianza Editorial.
- © de la traducción de R. M. Rilke, Francisco Ayala, cedidos por Alianza Editorial.
- © de la estrofa de «Declaración de dependencia», de *Años larguísimos*, José Carlos Rosales.
- © de las canciones de Luis Eduardo Aute, herederos de Luis Eduardo Aute.
- © de los poemas de José Luis Sampedro de *Días en blanco. Poesía Completa*, herederos de José Luis Sampedro, 2020.

Primera edición: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-233-5826-7
Depósito legal: B. 17.727-2020
Impreso por CPI (Barcelona)
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04

14 de marzo

Me gustaría poder hacerme médica ahora

Hoy se ha decretado, finalmente, el estado de alarma. El virus nos ha obligado a reconocernos como lo que desde hace demasiado tiempo nos negamos a ser: una comunidad humana que navega en el mismo barco, y en la que las ventajas individuales o grupales tan sólo son un espejismo, que depende del esfuerzo de todos para mantener la nave a flote. Mi hija Núria, la más pequeña, lo ha visto con sólo siete años: desde siempre quiere ser paleontóloga, pero hoy ha dicho, con un realismo y una cordura que echo de menos en personas con más años y presunto uso de razón, que si no puede encontrar ningún dinosaurio nuevo, que ya sabe que es muy difícil, le gustaría ser médico para ayudar a los enfermos por la epidemia. Y a continuación ha declarado, con toda gravedad: «Me gustaría poder hacerme médica ahora, pero claro, sé que soy todavía muy pequeña para eso».

Sabe también, porque se lo hemos dicho, que ser muy pequeña la mantiene a salvo del virus; lo que le preocupa es no poder ayudar a quien no lo está. Ojalá se preocuparan igual todos los que se han tomado este sábado como un día de fiesta. Todos los adolescentes, postadolescentes y post-postadolescentes que creen que como el virus no va con ellos la cuarentena es ocasión para el jolgorio. Por suerte, un médico les ha grabado un videomensaje que hasta los más lentos y obtusos podrán entender sin nin-

guna dificultad. Me he ocupado de difundirlo por mi red social zombi, la única que tengo desde que decidí que andar tuiteando es una actividad potencialmente incompatible con el sosiego, la reflexión y el análisis crítico —y autocrítico—, de los que no necesariamente nace la sabiduría, pero sí la única esperanza de no acabar convertido en un completo desnortado.

Hay que celebrar el mensaje del Gobierno, este estado de alarma con el que advierte al fin de la gravedad inaudita de la situación y de la responsabilidad individual y colectiva que nos exige, después de tantos errores (en otro momento, no ahora, habrá que examinarlos y extraer las lecciones correspondientes). Nos moviliza a todos, pasando por encima de particularismos secundarios y fútiles discrepancias ideológicas. Y para asegurar nuestra lealtad activa todas las palancas del Estado, incluso aquellas para las que parece normalmente existir cierto complejo en accionar, como las Fuerzas Armadas. Ahí están por algo, y disponer de ellas y de sus capacidades es lo que distingue a los países de verdad de los simulacros.

He discrepado a menudo del presidente de mi Gobierno, de la presidenta de mi comunidad autónoma, y ni siquiera he podido votar al alcalde de Illescas, la ciudad donde normalmente trabajo, paso todos los fines de semana y me he confinado con mi familia. Pero mientras dure esto, y afronten como están haciendo el desafío en interés del conjunto de la ciudadanía, estoy lealmente a sus órdenes.

Esto, chicos y chicas, no es un videojuego.

15 de marzo

Lo mejor y lo peor

Se empieza a cumplir el guion de las grandes ocasiones, que son, aunque a veces creamos tontamente otra cosa, aquellas que nos arriman al límite. Comienza, en suma, a asomar lo mejor y lo peor. Ambos fenómenos son útiles, para conocer y conocernos, aunque uno resulte más esperanzador —y grato— que el otro.

En el lado de lo peor, una pobre mujer fugada de la justicia ha decidido hacer una broma por Twitter —ay, Twitter— con los doscientos muertos que hoy roza ya Madrid. «De Madrid al cielo», ha escrito, parafraseando un antiguo dicho de la Villa y Corte. Es como si alguien hubiera decidido reírse del 11M. Quizá alguien lo hizo, en algún agujero oscuro al que sólo puede llegar nuestra piedad. Que es todo lo que puede llegarle a esta pobre mujer, que ejerce como profesora en una universidad en Escocia, a los alumnos a los que su mala fortuna les depara que les imparta clases y al otro fugado de la justicia que retuiteó el mensaje infame desde Bélgica. No lo saben, pero la Historia ya los ha barrido como la rebaba de este tiempo que son.

En el lado de lo mejor, la gente que por fin ha entendido lo que tenemos encima, y se pliega a las dificultades y al confinamiento, y trata de ser disciplinada y protegerse y proteger a los demás, e incluso saca tiempo para compartir lo que tiene de la forma más generosa. Artistas que

regalan su arte, jóvenes voluntarios que les hacen la compra a los mayores de su escalera, profesionales de la medicina, la psicología o cualquier otra rama que se ofrecen en las redes sociales para asesorar gratuitamente a quienes se sientan angustiados por algo. Y el sentido del humor, que tanto ayuda y alivia ante la adversidad, y que encuentra caminos para el ingenio, más allá de los consabidos memes. Como esa comunidad sevillana en la que se juega al bingo a través del patio interior: qué ejemplo de sabiduría y gracia frente a este revés.

También en el lado de lo mejor están, hoy, las autoridades y los servidores públicos y los trabajadores del sector privado cuyo rigor, trabajo y serenidad son necesarios para que el entramado que nos sostiene y ampara no se venga abajo. Desde los sanitarios que se fajan en primera línea hasta la reponedora del supermercado; desde los presidentes, del Gobierno y autonómicos, que aparcan sus diferencias y se reúnen, aunque sea por videoconferencia, y sacan un comunicado conjunto para dar un mensaje de cohesión a la ciudadanía, hasta los policías, guardias civiles, ertzainas, mossos d'Esquadra, policías locales y ya los primeros militares que patrullan las calles para advertir a despistados e inconscientes. Es verdad que hay una excepción, entre los presidentes autonómicos, pero de nuevo se trata de un pobre hombre desorientado al que la Historia ha dejado atrás, al que los hechos pondrán en su sitio y al que no hay que prestar mayor atención.

Y en fin, también en el lado de lo mejor, la música que suena para dar ánimos a quienes lo necesitan. Lo sabe el hombre desde la Antigüedad: ya cuenta Tucídides cómo los hoplitas espartanos cantaban antes de enfrentarse al combate, para subirse la moral. Al anochecer puse en el equipo de música de casa el *Resistiré* del Dúo Dinámico, convertido por aclamación popular en himno de la pandemia. Y la verdad es que funciona. Ya

que tenía el teléfono móvil conectado al amplificador puse alguna otra canción, entre ellas una que suena en la banda sonora de la novela de Bevilacqua, que terminé días atrás y cuyas pruebas de imprenta ahora repaso. El libro se titula *El mal de Corcira* —por inspiración de un pasaje de Tucídides, justamente— y narra entre otras cosas los años de Bevilacqua en el País Vasco, desde el 89 al 92. Estaba previsto que saliera el 19 de mayo, ya veremos qué acaba pasando. En todo caso el libro existe, la historia que cuenta me sirve para explorar las consecuencias de una guerra felizmente concluida, y en esa tentativa no se deja de escuchar la voz del bando contrario al de Bevilacqua. Es ahí donde entra la canción a la que me refería, que se titula *Hemen gaude*, la firma el grupo Ken Zazpi y habla de los que acabaron presos por defender con la violencia sus ideas nacionalistas y revolucionarias. Es una hermosa canción, y si uno la abstrae de ese contexto, ayuda a expresar las emociones que a todos nos produce este confinamiento. En español el título significa *Aquí estamos*, y encuentro en la red una traducción de la letra completa que no es óptima, pero se le acerca. Estamos presos, por culpa de un virus y quizá también de nuestros errores, pero si nuestro amor no está preso, como dice la canción, tenemos esperanza.

Poco después cayó una tormenta de granizo sobre Illescas. Las mujeres de mi casa se encogieron un poco. A Noemí le impresionan las tormentas, Judith me dijo que no podía conciliar el sueño, Núria, la pequeña, observaba el fenómeno con su acostumbrada curiosidad científica. Pienso mucho en estos días en los dos mayores, Laura y Pablo, que han quedado confinados con su madre. En mis padres, recludos en su casa también. Estamos separados en el espacio, pero unidos en el empeño. O somos una familia, una comunidad, un ejército de soldados leales, o no seremos nada.

16 de marzo

Malos tiempos para ser tótem

El mundo empieza a verle las orejas al lobo. A italianos y españoles nos cabe el honor de mostrárselo con nuestros hospitales saturados y nuestros sanitarios exhaustos. Esto no es una simple gripe, principalmente por el sigilo con el que personas a las que el virus apenas afecta contagian a las que pueden verse seriamente comprometidas en su supervivencia por su acción. Es de esperar que a estas alturas los más jóvenes y fuertes hayan comprendido que no tienen que aislarse de una enfermedad porque pueda dañarlos, sino que tienen que aislarse para evitar ser ellos el arma que dañe al prójimo vulnerable. *Alterum non laedere*, que decían los romanos: no dañes a otro, si buena mente lo puedes evitar.

Los que hasta anteayer mismo minimizaban el asunto, como el inefable Donald Trump, empiezan a ponerse serios y a comparecer rodeados de pasmarotes uniformados y muy apiñados: ya se entiende que es la escenografía habitual frente a las crisis en ese país, pero podrían distanciarse un poco en esta ocasión. Hay todavía algún que otro insensato, como los presidentes mexicano y brasileño, dándose baños de masas para hacer frente a la crisis. Ya aprenderán.

Europa cierra las fronteras, también España. El pobre Quim Torra seguramente sigue sin entender que el Gobierno de España no le conceda la independencia de fac-

to blindando Cataluña a la entrada de españoles, especialmente de la UME. No digamos ya si alguien le da el disgusto de enviar paracaidistas o legionarios (y si hacen falta, habrá que dárselo, sin complejos: la vida y la salud de los catalanes valen mucho más que sus aspavientos xenófobos). Que alguien le explique, por favor, que los españoles estamos confinados *todos*, salvo para lo imprescindible, y que esto, ya que todos hemos fallado en las primeras semanas, también él, no se corta ahora separando entre españoles, sino remando todos a una en el único barco que tenemos, que es España, con el apoyo remoto y dudoso de Europa y el más remoto pero quizá menos dudoso de China, con las mascarillas y médicos inmunizados que parece que podría enviarnos para paliar nuestras escaseces.

Entre tanto, emergen ciertas dudas respecto de la solvencia de nuestras autoridades sanitarias. El ministro Illa y el doctor Simón, que tan lúcidos nos parecían a todos cuando esto era poca cosa —*mea culpa* también—, no parecen tan sólidos frente al tsunami, que es lo que ahora tenemos encima. Al ministro se le ve dubitativo, a fin de cuentas su experiencia previa en Sanidad es cero; a Simón a ratos como ido, a ratos apagado, a ratos extrañamente indiferente. No puede uno no pensar que para que el PSC tuviera su cuota en el Gobierno se desplazó a una muy capacitada y prudente ministra de Sanidad, que además era médico y tenía experiencia en gestión sanitaria. Y en cuanto al doctor Simón, hay quien dice ya, desde la propia profesión médica, que cuando un cirujano falla en el quirófano se busca a otro. En todo caso, son quienes están ahora mismo al timón, y pueden haber errado, pero no son dos clamorosos incompetentes. Mientras no se los reemplaza, hay que seguir sus indicaciones, y confiar en que acierten.

Y mientras estos dos tótems recientes se resquebrajan, uno de antiguo culto se viene abajo de la manera más

estrepitosa: el rey actual no sólo renuncia a la herencia del anterior y le despoja de la asignación que percibía con cargo al erario, sino que poco menos que lo arroja al purgatorio. Lee uno en estos días a inveterados turiferarios de Juan Carlos I cortando amarras a toda prisa y con serrucho. Se va a quedar más solo que Woody Allen o Plácido Domingo. Está bien no haber sido nunca su turiferario, ni de nadie. Cuesta demostrar que la misma persona justificaba antes los mayores ditirambos y hoy los peores epítetos. Cuesta explicar que uno estaba tan ciego como para que le engañaran tanto. En todo caso, corren malos tiempos para los tótems: mejor no haber sido ni ser nunca uno.

Y mientras esto pasa fuera, en el mundo, al otro lado de la ventana llueve. Seguimos con nuestras rutinas, hoy Noemí ha ido al Mercadona, dice que prefiere ir ella, que parece que a las mujeres les afecta menos el virus, y se ha encontrado a la policía en la puerta. Hemos podido reponer víveres, y aunque en los primeros días no hicimos un acaparamiento demente, tampoco tenemos la despensa vacía y hay papel higiénico en los tres baños. También dos hermosísimos bidés, por cierto.

Núria acomete con buen ánimo sus tareas escolares, ayer nos calzamos juntos cuatro fichas de mates, aunque al final ya le costaba hacer los números y lo dejamos. A los adolescentes, la que está en casa y los dos que están en la de su madre, les empieza a resultar algo aburrido el encierro. Pero los tres entienden que han de mantenerlo, aunque el virus no los amenace como a los mayores. Son las torres más altas las que caen, pero bien está que las que miran la vida desde menor altura se concien-cien, sirva para eso este trance, de que todos somos uno.